MARCELO Birmajer

Las quintas, las playas, los fines de semana y los recreos siempre me han resultado campos fértiles cuando busco recuerdos que den origen a una historia.

Creo que una de las mayores enseñanzas como narrador de historias la recibí de mi padre en la playa. Un verano que pasamos en Miramar, mi padre nos contó, a mis dos hermanos y a mí, una larga novela de más de cuatrocientas páginas que él mismo estaba leyendo. Mi padre comenzaba a contarnos el capítulo del día cerca de las diez de la mañana, cuando el sol aún no estaba alto; y terminaba invariablemente alrededor de las once y media (con pausas de bebidas y chistes), hora en que los cuatro estábamos ansiosos por entrar al mar. La manera en que mi padre sabía cortar los capítulos y dejarnos con el suspenso, –negándose terminantemente a soltar un solo dato más hasta el día siguiente (muchas veces ni él mismo conocía esos datos, porque leía la novela simultáneamente)–, es una técnica, que, aunque nunca manejé tan bien como él, aprendí y puse en práctica en mis libros.

Casi ninguna de las historias reales de mi vida es lo suficientemente interesante como para capturar la atención de alguien, pero en muchos de mis recuerdos puedo encontrar el germen de una historia que aguarda ser inventada.

"El fuego más alto" es quizá la historia más realista y discreta de las que he inventado. Aunque los hechos que en ella se narran nunca sucedieron, tiene, como ningún otro de mis cuentos o novelas, una predilección por narrar las cosas de la realidad, por el tono poético y por la falta de golpes de efecto que a mí mismo me sorprende. Generalmente, trato de inquietar, de poner en riesgo a mis personajes, de hacer jugar la muerte, el sexo o el suspenso con tal de que el lector no me abandone. Pero este cuento, pareciera que me he dedicado a escribirlo con la tranquilidad de alguien que no soy.

En mi vida real, soy un adorador del fuego; y todos mis amigos saben que cuando hago un asado, algún otro se tiene que encargar del punto de cocción de la carne: a mí sólo me interesa la pirámide de madera, las llamas y el carbón encendido. Quizás haya algún otro dato que me emparienta con los personajes de este cuento, pero me parece, por fidelidad a la ficción, que es mejor no averiguarlo.

Escribí esta trama hará unos seis años. Una vez que hube avanzado, definido a los personajes y cerrado la historia, me pasé semanas pensando en un posible final. Cierta vez, un amigo encontró el manuscrito, lo leyó mientras yo hacía no sé qué cosa y me dijo que ya estaba terminado. Espero que haya tenido razón. Desde entonces, corregí este cuento hasta que finalmente lo publiqué el año pasado en un libro de relatos que lleva su nombre.

Marcelo Birmajer



el fuego

Me contaron que íbamos todos los domingos a la quinta de Banfield.

Mamá siempre me pregunta si no me acuerdo siquiera del pelo de Rafa, porque era muy largo y muy rubio para su edad.

Rafa tenía trece años, Osvaldo quince y yo uno y medio.

Rafa y Osvaldo jugaban todos los domingos a quién hacía el fuego más alto en las parrillas.

El fuego era para el asado, y como siempre en la quinta éramos más de siete, se usaban las dos parrillas.

Aunque lo importante eran las brasas, Osvaldo y Rafa dedicaban todo su esfuerzo al fuego, a hacerlo alto, esbelto, poderoso, como la cabellera de un ángel. Los dos intentaban que su fuego llegara al cielo, pero papá, que era quien juzgaba, no siempre premiaba la altura.

Empezó, sí, premiando el fuego más alto.

Un domingo de abril, me dijo Osvaldo, Rafa encontró unas hojas que, pese a ser verdes, elevaban el fuego.

Eran unas hojitas extrañas con forma de corazón que, por más que las buscamos, nunca volvimos a encontrar. Rafa metió manojos de esa hierba en su fogón.

Osvaldo se acuerda especialmente porque Rafa solía ser meticuloso en el armado de la pirámide de ramas, y ese día metió manojos de la hierba nueva sin ningún orden y con cierta desesperación.

Rafa partía de un fondo de papel de diario y hojas secas, después ramas bien delgadas, luego pedacitos de tronco y por último carbón. Dice mamá que era un verdadero hormigón armado de un edificio de fuego.

Esa pirámide tenía que servir para competir con Osvaldo y dejar brasa de asar.

Osvaldo ponía las ramas en forma de pagoda: da un fuego discreto y es ideal para dejar brasa. Rafa siempre en pirámide.

Cuando encontró las hojitas nuevas se preocupó sólo por la altura del fuego. Y el fuego subió. Dice Osvaldo que era un fuego transparente, poco sólido. Dice que cuando se mira a través del fuego, las cosas se ven temblorosas, pero ese fuego no enturbiaba la vista: la red de vóley, extendida en un rincón de la quinta, se veía tan nítida como si no hubiese llama en el medio. Se acuerda, también, que era muy, muy alto.

"Si yo tuviera que hacer un fogón para iluminar, de noche", decía Osvaldo, "y no un fuego para asar carne, lo haría sin dudar un segundo con esas hojitas que no sé dónde encontró Rafa".

Papá, que siempre evaluaba la altura, ese día cambió de rubro. Vio el fuego de Rafa, notablemente más alto, y dijo: "No hay fuego ahí, ¿qué le pusiste? ¿Es algo comprado?". Y le dio la victoria a Osvaldo, por su fuego más conciso.

Para Rafa, esa decisión transformó a papá en un juez misterioso, que dictaba sentencias basado en unas leyes sólo por él conocidas. Entre los dos fuegos y bajo la mirada de papá se estableció, ese día, una forma de vida imposible: cumplir reglas que no nos han sido reveladas.

Rafa aceptó la derrota, aparentemente sin rencor, pero mamá recuerda que ese día comió menos; Rafa, aunque era muy delgado, comía lentamente y en gran cantidad.

Rafa quería mucho a Osvaldo. Y le tenía confianza. Le contaba todo lo que hablaban con la Bruja.

Tanto Osvaldo como mamá, cuando hablan de Rafa y la Bruja se distienden, pueden recordarlo y sonreír al mismo tiempo; incluso llegan a hacer chistes o, pocas veces, animarse a hablar mal de él.

La Bruja era una chica de doce años, rubia y de ojos celestes, simpatiquísima y varonera, hija de los caseros de la quinta vecina.

Los vecinos tenían mucha más plata que nosotros, un estanque gigantesco donde el hijo jugaba con su lancha a pila y parras de uva chinche. Hacía ya un par de veranos que se olvidaban de pasarlos en la quinta, pero no la vendían.

La Bruja sostenía que en el estanque había mojarritas y se sentaba horas en el borde, con Rafa, a tratar de pescarlas. Rafa no llegaba al extremo de tener su propia caña (un palito con una bolsa de nylon en la punta) ni de creer en las mojarritas que jamás aparecían, pero metía los pies en el agua y no se movía.

Pasaba horas al lado de la Bruja. La Bruja estaba en la edad justa en que su infantil creencia en mojarritas inexistentes la hacía más adorable como mujer para Rafa. Le decían la Bruja porque la primera vez que se le acercó a Rafa le dijo "cacle cacle" como la bruja de La Pequeña Lulú. Rafa pensó un segundo y contestó: "La Bruja".

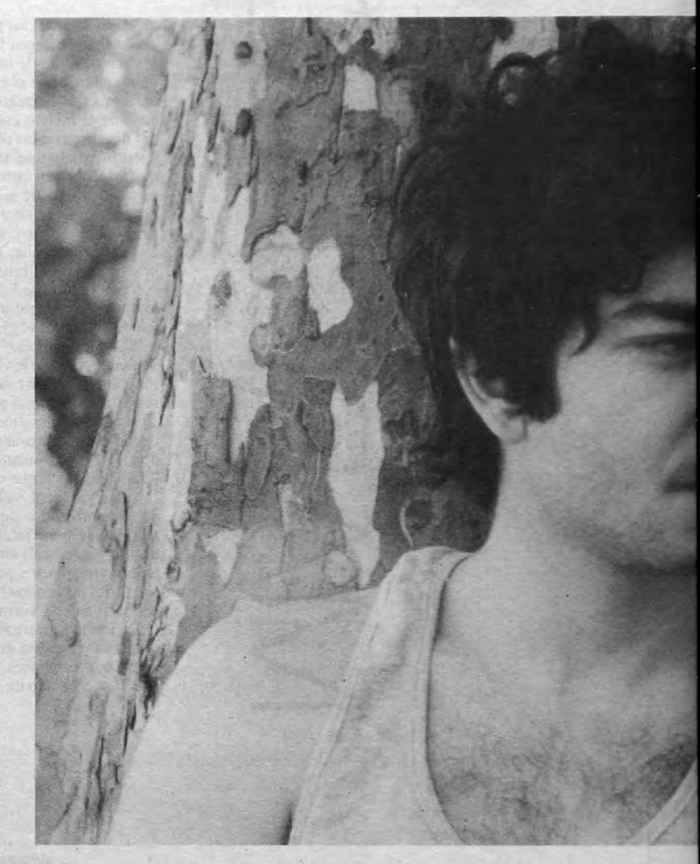
Fue el comienzo, según Osvaldo y mamá, de una pareja inseparable.

Dice Osvaldo que fue la Bruja quien reveló a Rafa el escondite de las hojitas desconocidas.

Respecto del fuego, cuesta entender si la competencia era entre Osvaldo y Rafa, con papá como juez; o si a cada uno no le importaba nada el fuego del otro y sólo querían la opinión de papá sobre el propio.

> **"Papá, que siempre evaluaba la altura, ese día cambió de rubro. Vio el fuego de Rafa, notablemente más alto, y dijo: "No hay fuego ahí, ¿qué le pusiste? ¿Es algo comprado?". Y le dio la victoria a Osvaldo, por su fuego más conciso.**





Creo que para Osvaldo era una de las tantas batallas inofensivas y sin importancia entre hermanos, y quería ganarle a Rafa. Rafa, en cambio, quería deslumbrar a papá. Y eso, puedo asegurarlo, es muy difícil.

En los alrededores de la quinta había perros cimarrones. Animales de quintas vecinas cuyos dueños, al decidir venderlas o alquilarlas, abandonaban. De vez en cuando, atraídos por el olor de la carne, los perros se acercaban a nuestra puerta.

En una ocasión la puerta quedó abierta por descuido y entró un boxer mediano. Se dirigió a una ristra de chorizos apoyada en la parrilla donde Rafa intentaba el fuego y la mordió para alzarse con ella. Rafa, casi como un acto reflejo, tironeó de un extremo para arrebatársela.

El perro soltó la presa pero mordió el muslo de Rafa.

Papá estaba al lado y permaneció observando la situación.

Osvaldo empuñó de inmediato una madera de cajón con un clavo en la punta y la emprendió contra el lomo del perro.

El boxer soltó a Rafa y escapó.

La herida del muslo no era grave; de todos modos hubo que llevarlo al sanatorio de la zona y darle unos puntos. Consiguieron capturar al perro y se supo que no tenía rabia.

Todo el tiempo Rafa estuvo mirando asustado a papá. Papá trataba de tranquilizar a Rafa, le decía que no era nada.

–¿Pero por qué no hiciste nada? –le gritó Rafa.

–¿Qué querías que hiciera? –contestó papá.

En un aparte, Rafa le dijo a Osvaldo:

–No me quiere. ¿Por qué no me quiere?

–No es que no te quiera –le dijo Osvaldo–. Está loco.

Sin embargo, Osvaldo y Rafa seguían sometiendo sus fuegos al juicio de papá.

El día que la Bruja cumplió 13 años (era nueve meses menor que Rafa) Rafa le preparó un fuego en nuestra quinta.

A la Bruja le encantaban las papas a la brasa. Rafa le pidió a mamá que preparara distintas salsas de condimento y, en honor de su amiga, hiciéramos sólo papas. Agregando algunas ensaladas y empanadas, se cumplió el pedido de Rafa. Se usó una sola parrilla y, por supuesto, él armó el fuego.

Hablar con papá es imposible. Que hable es bastante difícil. Pero de lo poco que habla de Rafa, suele repetirse en el fuego de ese cumpleaños.

La Bruja estaba hermosa. Para que mi mamá se anime a decir que estaba creciendo y se le notaba, debió estar realmente impactante.

Fueron Rafa y la Bruja a buscar leña a un descampado. Volvieron con unos troncos gruesos y cortos. Rafa armó una pirámide y

De *El fuego más alto*. Se reproduce aquí por gentileza de Grupo Editorial Norma.

el fuego más alto

Por Marcelo Birmajer

Me contaron que íbamos todos los domingos a la quinta de Banfield.

Mamá siempre me pregunta si no me acuerdo siquiera del pelo de Rafa, porque era muy largo y muy rubio para su edad.

Rafa tenía trece años, Osvaldo quince y yo uno y medio.

Rafa y Osvaldo jugaban todos los domingos a quién hacía el fuego más alto en las parrillas.

El fuego era para el asado, y como siempre en la quinta éramos más de siete, se usaban las dos parrillas.

Aunque lo importante eran las brasas, Osvaldo y Rafa dedicaban todo su esfuerzo al fuego, a hacerlo alto, esbelto, poderoso, como la cabellera de un ángel. Los dos intentaban que su fuego llegara al cielo, pero papá, que era quien juzgaba, no siempre premiaba la altura.

Empezó, sí, premiando el fuego más alto.

Un domingo de abril, me dijo Osvaldo, Rafa encontró unas hojas que, pese a ser verdes, elevaban el fuego.

Eran unas hojitas extrañas con forma de corazón que, por más que las buscamos, nunca volvimos a encontrar. Rafa metió manojos de esa hierba en su fogón.

Osvaldo se acuerda especialmente porque Rafa solía ser meticuloso en el armado de la pirámide de ramas, y ese día metió manojos de la hierba nueva sin ningún orden y con cierta desesperación.

Rafa partía de un fondo de papel de diario y hojas secas, después ramas bien delgadas, luego pedacitos de tronco y por último carbón. Dice mamá que era un verdadero hormigón armado de un edificio de fuego.

Esa pirámide tenía que servir para competir con Osvaldo y dejar brasa de asar.

Osvaldo ponía las ramas en forma de pagoda: da un fuego discreto y es ideal para dejar brasa. Rafa siempre en pirámide.

Cuando encontró las hojitas nuevas se preocupó sólo por la altura del fuego. Y el fuego subió. Dice Osvaldo que era un fuego transparente, poco sólido. Dice que cuando se mira a través del fuego, las cosas se ven temblorosas, pero ese fuego no enturbiaba la vista: la red de vóley, extendida en un rincón de la quinta, se veía tan nítida como si no hubiese llama en el medio. Se acuerda, también, que era muy, muy alto.

"Si yo tuviera que hacer un fogón para iluminar, de noche", decía Osvaldo, "y no un fuego para asar carne, lo haría sin dudar un segundo con esas hojitas que no sé dónde encontró Rafa".

Papá, que siempre evaluaba la altura, ese día cambió de rubro. Vio el fuego de Rafa, notablemente más alto, y dijo: "No hay fuego ahí, ¿qué le pusiste? ¿Es algo comprado?". Y le dio la victoria a Osvaldo, por su fuego más conciso.

Para Rafa, esa decisión transformó a papá en un juez misterioso, que dictaba sentencias basado en unas leyes sólo por él conocidas. Entre los dos fuegos y bajo la mirada de papá se estableció, ese día, una forma de vida imposible: cumplir reglas que no nos han sido reveladas.

Rafa aceptó la derrota, aparentemente sin rencor, pero mamá recuerda que ese día comió menos; Rafa, aunque era muy delgado, comía lentamente y en gran cantidad.

Rafa quería mucho a Osvaldo. Y le tenía confianza. Le contaba todo lo que hablaban con la Bruja.

Tanto Osvaldo como mamá, cuando hablan de Rafa y la Bruja se distienden, pueden recordarlo y sonreír al mismo tiempo; incluso llegan a hacer chistes o, pocas veces, animarse a hablar mal de él.

La Bruja era una chica de doce años, rubia y de ojos celestes, simpatiquísima y varonera, hija de los caseros de la quinta vecina.

Los vecinos tenían mucha más plata que nosotros, un estanque gigantesco donde el hijo jugaba con su lancha a pila y parras de uva chinche. Hacía ya un par de veranos que se olvidaban de pasarlos en la quinta, pero no la vendían.

La Bruja sostenía que en el estanque había mojarritas y se sentaba horas en el borde, con Rafa, a tratar de pescarlas. Rafa no llegaba al extremo de tener su propia caña (un palito con una bolsa de nylon en la punta) ni de creer en las mojarritas que jamás aparecían, pero metía los pies en el agua y no se movía.

Pasaba horas al lado de la Bruja. La Bruja estaba en la edad justa en que su infantil creencia en mojarritas inexistentes la hacía más adorable como mujer para Rafa. Le decían la Bruja porque la primera vez que se le acercó a Rafa le dijo "cacle cacle" como la bruja de La Pequeña Lulú. Rafa pensó un segundo y contestó: "La Bruja".

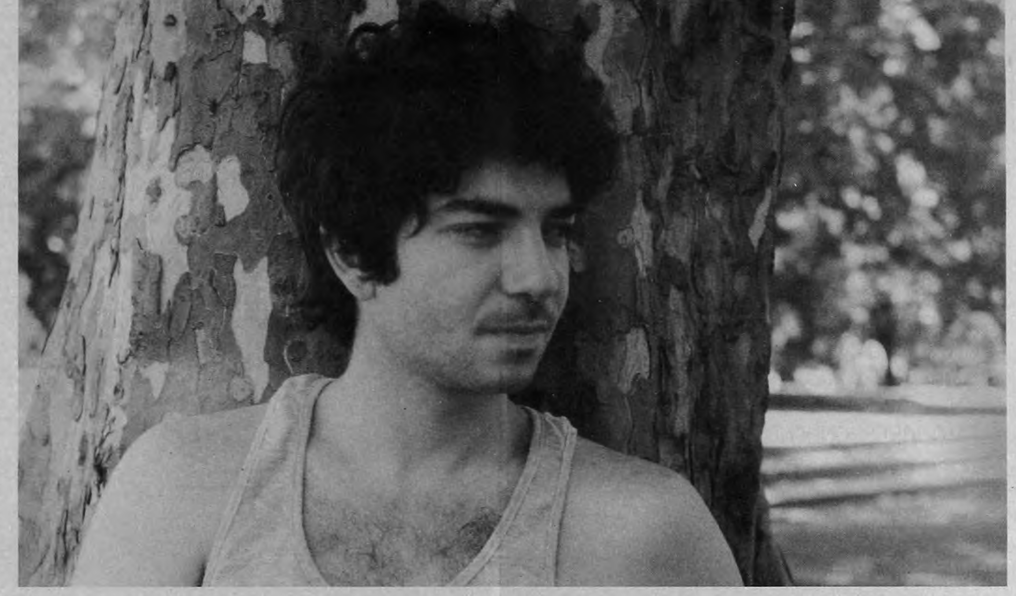
Fue el comienzo, según Osvaldo y mamá, de una pareja inseparable.

Dice Osvaldo que fue la Bruja quien reveló a Rafa el escondite de las hojitas desconocidas.

Respecto del fuego, cuesta entender si la competencia era entre Osvaldo y Rafa, con papá como juez; o si a cada uno no le importaba nada el fuego del otro y sólo querían la opinión de papá sobre el propio.

> **Papá, que siempre evaluaba la altura, ese día cambió de rubro. Vio el fuego de Rafa, notablemente más alto, y dijo: "No hay fuego ahí, ¿qué le pusiste? ¿Es algo comprado?". Y le dio la victoria a Osvaldo, por su fuego más conciso.**





Creo que para Osvaldo era una de las tantas batallas inofensivas y sin importancia entre hermanos, y quería ganarle a Rafa. Rafa, en cambio, quería deslumbrar a papá. Y eso, puedo asegurarlo, es muy difícil.

En los alrededores de la quinta había perros cimarrones. Animales de quintas vecinas cuyos dueños, al decidir venderlas o alquilarlas, abandonaban. De vez en cuando, atraídos por el olor de la carne, los perros se acercaban a nuestra puerta.

En una ocasión la puerta quedó abierta por descuido y entró un boxer mediano. Se dirigió a una ristra de chorizos apoyada en la parrilla donde Rafa intentaba el fuego y la mordió para alzarse con ella. Rafa, casi como un acto reflejo, tironeó de un extremo para arrebatársela.

El perro soltó la presa pero mordió el muslo de Rafa.

Papá estaba al lado y permaneció observando la situación.

Osvaldo empuñó de inmediato una madera de cajón con un clavo en la punta y la emprendió contra el lomo del perro.

El boxer soltó a Rafa y escapó.

La herida del muslo no era grave; de todos modos hubo que llevarlo al sanatorio de la zona y darle unos puntos. Consiguieron capturar al perro y se supo que no tenía rabia.

Todo el tiempo Rafa estuvo mirando asustado a papá. Papá trataba de tranquilizar a Rafa, le decía que no era nada.

–¿Pero por qué no hiciste nada? –le gritó Rafa.

–¿Qué querías que hiciera? –contestó papá.

En un aparte, Rafa le dijo a Osvaldo:

–No me quiere. ¿Por qué no me quiere?

–No es que no te quiera –le dijo Osvaldo–. Está loco.

Sin embargo, Osvaldo y Rafa seguían sometiendo sus fuegos al juicio de papá.

El día que la Bruja cumplió 13 años (era nueve meses menor que Rafa) Rafa le preparó un fuego en nuestra quinta.

A la Bruja le encantaban las papas a la brasa. Rafa le pidió a mamá que preparara distintas salsas de condimento y, en honor de su amiga, hiciéramos sólo papas. Agregando algunas ensaladas y empanadas, se cumplió el pedido de Rafa. Se usó una sola parrilla y, por supuesto, él armó el fuego.

Hablar con papá es imposible. Que hable es bastante difícil. Pero de lo poco que habla de Rafa, suele repetirse en el fuego de ese cumpleaños.

La Bruja estaba hermosa. Para que mi mamá se anime a decir que estaba creciendo y se le notaba, debió estar realmente impactante.

Fueron Rafa y la Bruja a buscar leña a un descampado. Volvieron con unos troncos gruesos y cortos. Rafa armó una pirámide y no usó papel ni ramas chicas, para el fondo se las arregló con la corteza que desprendió de los tronquitos. Era una apuesta arriesgada.

Dice papá que el fuego tardó en encenderse y Rafa no se preocupó; raro en Rafa, que acostumbraba insultarse por lo bajo cuando el fuego no le daba resultado inmediato.

Se puso en cuclillas junto a la parrilla y sopló suavemente el corazón rojo de la pirámide. El fuego le respondió. Dice papá que ese fuego era para Rafa como los mariachis que se contratan para que den una serenata a la mujer amada. Y le pedía con soplidos que se alzara hasta las nubes.

Ese día en que Rafa hizo el fuego para la Bruja, papá lo admiró.

Era un fuego, dice papá, reconcentrado en sí mismo, hecho de pura madera. Después vinieron las brasas y, cuando las papas estaban para servir, Rafa le dio a la Bruja un paquete envuelto en papel amarillo.

Era un paquete informe. La Bruja lo abrió delante de todos.

Se encontró con un pedazo de árbol carbonizado que decía, grabado a fuego, "Cacle cacle".

¿Por qué sé tanto o por qué pregunto tanto? Qué me interesa si el papel era amarillo o cómo hizo el fuego. Bah, cómo hizo el fuego puede ser, porque era algo muy importante para él; pero el color del papel que envolvía el regalo de la Bruja... ¿para qué?

Creo que como nadie habla mucho de Rafa, me veo obligado a preguntar todo el tiempo.

Y además, cuando hay algo realmente misterioso, uno trata de entender todo lo que pueda, cada minucia se torna un tesoro.

Una vez hablé con la Bruja, ya era grande y menos linda de lo que me habían contado. Ella y Rafa dejaron de verse uno o dos meses después de ese cumpleaños.

Rafa y la Bruja estaban con los pies adentro del estanque, la Bruja los sacó y fue corriendo a buscar uvas a la parra.

Volvió llena de uvas. Los dos comenzaron a llenarse la boca. Rafa las sintió muy dulces y –la Bruja no supo explicármelo– le dio miedo, como si les hubieran puesto veneno o estuviesen podridas, aunque tuviesen un gusto exquisito.

Las escupió.

–Están... no sé –dijo Rafa.

–¿Qué hacés? Están riquísimas. ¿Te da miedo que estén tan dulces? ¿Eso te da miedo? –le preguntó la Bruja.

Rafa se le tiró encima y la besó.

La Bruja se animó a decirme que le hubiese gustado hacer el amor con Rafa y que a veces sueña con eso; por momentos le afloran recuerdos falsos de ella y Rafa acostados y desnudos. Rodaron por el pasto, se besaban, me gusta pensar en Rafa así. Mamá los llamó a comer, fueron abrazados; Rafa se percató de que Osvaldo había hecho los dos fuegos.

A la noche, Rafa no tuvo atención más que para el armado de su fuego. La Bruja le pidió que lo dejara y se fueran los dos al lado del estanque. Rafa le dijo que se quedara con él junto al fuego.

La Bruja no quería estar con mi familia, sólo con Rafa.

Rafa no estaba dispuesto a resignar el fuego de la noche. La Bruja le dijo algo ofensivo y se fue sola. Rafa hizo el fuego para que lo viera papá.

Dice mamá que parecía modelar la llama con las manos.

Una chispa saltó y dejó un manchón negro en la camisa de papá. Fue la única marca que dejó en él ese fuego nocturno que todos recuerdan imponente.

Osvaldo recuerda entero un parlamento de Rafa: "No importa que esté loco. Aun a los locos hay algo que los atrae. Acordate cuando hice el fuego para el cumpleaños de la Bruja, cómo le gustó".

Por ese entonces, la Bruja aparecía domingo sí, domingo no. Rafa, a simple vista, no mostraba pena. Dice mamá que comía mucho menos.

Uno de aquellos domingos, la Bruja se acercó a Rafa con paso decidido.

Cargaba al hombro una bolsa de papel madera con una inscripción en rojo. Se la puso a Rafa en las manos. "Son briquetas –le dijo–. Carbón artificial. Les tirás un fósforo y listo, te venís conmigo. Basta de matarte, no podés pasar todo el día tratando de que tu papá mire el fuego."

La Bruja tenía ya trece años, sabía hablar. Era a Rafa a quien le tocaba estar en esa época en que los hombres, tengan la edad que tengan, son más chicos que las mujeres.

> **Osvaldo recuerda entero un parlamento de Rafa: "No importa que esté loco. Aun a los locos hay algo que los atrae. Acordate cuando hice el fuego para el cumpleaños de la Bruja, cómo le gustó".**



Le dijo que a él le encantaba hacer el fuego. Que lo dejara en paz.

La Bruja le hizo caso y Rafa la corrió.

Le pidió que lo abrazara. Que lo abrazara más fuerte. Se dejó acurrucar por ella y le dijo: "Ojalá pudiera. Ojalá algo pudiera reemplazarse. ¿Me vas a querer siempre igual?".

Ella le dijo que sí, y era verdad. Esa fue la última vez que hablaron y se tocaron. Puedo contar muchas cosas de ellos dos, recuerdos anteriores a ese momento. La Bruja se casó con un arquitecto. Al tipo lo conocí, no es un tarado.

Cada tanto, los dueños de quintas cercanas organizaban partidos de fútbol en una cancha común, invitaban a Rafa y a Osvaldo. Papá no jugaba.

A Rafa le encantaba hacer el camino de tierra hasta la cancha conversando con Osvaldo. Iba completamente suelto, hablaban de fútbol, comentaban con quién les gustaría jugar y qué técnicas pensaban usar.

Tenían un apodo secreto para cada uno de los jugadores y se divertían con eso. Les gustaba inventar nombres de jugadores caricaturizando las características físicas. A un pelado lo llamaban, entre ellos, "Calvemez"; "Moby Dick" a un gigante gordo. Se relataban los partidos el uno al otro, con la voz asordinada, interrumpidos por sus propias risas.

Dice mamá que una vez me llevó a verlos jugar.

En ese partido que cuento, Rafa jugó bien.

Osvaldo era habilidoso, Rafa se defendía. Le tiran una pelota al centro, dos hombres en la defensa, todo transcurre en el área del arco rival.

Rafa gana con el cuerpo a uno y compite en salto con otro. Nota que la pelota viene demasiado alta y se deja caer al suelo.

La pelota pasa por encima de la cabeza del defensor y llega el Rafa. Rafa, bien parado, de un frentazo, la clava en el ángulo.

Es uno de esos goles que grita todo el equipo.

El armador del equipo de Rafa, posiblemente el mejor jugador, un hombre canoso que sabe distribuir pelotas y juega parado, se acerca a Rafa, le palmea la nuca y le dice: "Bien, pibe".

Después de ese episodio, cuenta Osvaldo, Rafa ya casi no juega.

Está embelesado y confundido.

Feliz pero intimidado, mira con cierta desconfianza al hombre que lo ha aplaudido, y no está seguro de cuál debe ser su próximo paso.

Termina el partido y cada uno vuelve a su quinta.

Rafa, obnubilado, se pasa un poco de la nuestra.

Osvaldo lo llama.

A veces imagino un diálogo con Rafa. El está modelando un fuego extraño, con sus famosas hojitas, gira hacia mí y me dice:

–No hay fuego más alto que el que proviene de nuestro propio cuerpo en llamas.

Yo le contesto: –Estás equivocado.

Dejo pasar unos segundos y, aunque ya no lo veo, agrego:

–Somos como la madera, Rafa: no transmitimos el fuego, nos quemamos. Hay que saber eso para vivir.



De *El fuego más alto*. Se reproduce aquí por gentileza de Grupo Editorial Norma.

más alto

Por Marcelo Birmajer



no usó papel ni ramas chicas, para el fondo se las arregló con la corteza que desprendió de los tronquitos. Era una apuesta arriesgada.

Dice papá que el fuego tardó en encenderse y Rafa no se preocupó; raro en Rafa, que acostumbraba insultarse por lo bajo cuando el fuego no le daba resultado inmediato.

Se puso en cuclillas junto a la parrilla y sopló suavemente el corazón rojo de la pirámide. El fuego le respondió. Dice papá que ese fuego era para Rafa como los mariachis que se contratan para que den una serenata a la mujer amada. Y le pedía con soplidos que se alzara hasta las nubes.

Ese día en que Rafa hizo el fuego para la Bruja, papá lo admiró.

Era un fuego, dice papá, reconcentrado en sí mismo, hecho de pura madera. Después vinieron las brasas y, cuando las papas estaban para servir, Rafa le dio a la Bruja un paquete envuelto en papel amarillo.

Era un paquete informe. La Bruja lo abrió delante de todos.

Se encontró con un pedazo de árbol carbonizado que decía, grabado a fuego, "Cacle cacle".

¿Por qué sé tanto o por qué pregunto tanto? Qué me interesa si el papel era amarillo o cómo hizo el fuego. Bah, cómo hizo el fuego puede ser, porque era algo muy importante para él; pero el color del papel que envolvía el regalo de la Bruja... ¿para qué?

Creo que como nadie habla mucho de Rafa, me veo obligado a preguntar todo el tiempo.

Y además, cuando hay algo realmente misterioso, uno trata de entender todo lo que pueda, cada minucia se torna un tesoro.

Una vez hablé con la Bruja, ya era grande y menos linda de lo que me habían contado. Ella y Rafa dejaron de verse uno o dos meses después de ese cumpleaños.

Rafa y la Bruja estaban con los pies adentro del estanque, la Bruja los sacó y fue corriendo a buscar uvas a la parra.

Volvió llena de uvas. Los dos comenzaron a llenarse la boca. Rafa las sintió muy dulces y –la Bruja no supo explicármelo– le dio miedo, como si les hubieran puesto veneno o estuviesen podridas, aunque tuviesen un gusto exquisito.

Las escupió.

–Están... no sé –dijo Rafa.

–¿Qué hacés? Están riquísimas. ¿Te da miedo que estén tan dulces? ¿Eso te da miedo? –le preguntó la Bruja.

Rafa se le tiró encima y la besó.

La Bruja se animó a decirme que le hubiese gustado hacer el amor con Rafa y que a veces sueña con eso; por momentos le afloran recuerdos falsos de ella y Rafa acostados y desnudos. Rodaron por el pasto, se besaban, me gusta pensar en Rafa así. Mamá los llamó a comer, fueron abrazados; Rafa se percató de que Osvaldo había hecho los dos fuegos.

A la noche, Rafa no tuvo atención más que para el armado de su fuego. La Bruja le pidió que lo dejara y se fueran los dos al lado del estanque. Rafa le dijo que se quedara con él junto al fuego.

La Bruja no quería estar con mi familia, sólo con Rafa.

Rafa no estaba dispuesto a resignar el fuego de la noche. La Bruja le dijo algo ofensivo y se fue sola. Rafa hizo el fuego para que lo viera papá.

Dice mamá que parecía modelar la llama con las manos.

Una chispa saltó y dejó un manchón negro en la camisa de papá. Fue la única marca que dejó en él ese fuego nocturno que todos recuerdan imponente.

Osvaldo recuerda entero un parlamento de Rafa: "No importa que esté loco. Aun a los locos hay algo que los atrae. Acordate cuando hice el fuego para el cumpleaños de la Bruja, cómo le gustó".

Por ese entonces, la Bruja aparecía domingo sí, domingo no. Rafa, a simple vista, no mostraba pena. Dice mamá que comía mucho menos.

Uno de aquellos domingos, la Bruja se acercó a Rafa con paso decidido.

Cargaba al hombro una bolsa de papel madera con una inscripción en rojo. Se la puso a Rafa en las manos. "Son briquetas –le dijo–. Carbón artificial. Les tirás un fósforo y listo, te venís conmigo. Basta de matarte, no podés pasar todo el día tratando de que tu papá mire el fuego."

La Bruja tenía ya trece años, sabía hablar. Era a Rafa a quien le tocaba estar en esa época en que los hombres, tengan la edad que tengan, son más chicos que las mujeres.

"Osvaldo recuerda entero un parlamento de Rafa: "No importa que esté loco. Aun a los locos hay algo que los atrae. Acordate cuando hice el fuego para el cumpleaños de la Bruja, cómo le gustó"."



Le dijo que a él le encantaba hacer el fuego. Que lo dejara en paz.

La Bruja le hizo caso y Rafa la corrió.

Le pidió que lo abrazara. Que lo abrazara más fuerte. Se dejó acurrucar por ella y le dijo: "Ojalá pudiera. Ojalá algo pudiera reemplazarse. ¿Me vas a querer siempre igual?".

Ella le dijo que sí, y era verdad. Esa fue la última vez que hablaron y se tocaron. Puedo contar muchas cosas de ellos dos, recuerdos anteriores a ese momento. La Bruja se casó con un arquitecto. Al tipo lo conocí, no es un tarado.

Cada tanto, los dueños de quintas cercanas organizaban partidos de fútbol en una cancha común, invitaban a Rafa y a Osvaldo. Papá no jugaba.

A Rafa le encantaba hacer el camino de tierra hasta la cancha conversando con Osvaldo. Iba completamente suelto, hablaban de fútbol, comentaban con quién les gustaría jugar y qué técnicas pensaban usar.

Tenían un apodo secreto para cada uno de los jugadores y se divertían con eso. Les gustaba inventar nombres de jugadores caricaturizando las características físicas. A un pelado lo llamaban, entre ellos, "Calvemez"; "Moby Dick" a un gigante gordo. Se relataban los partidos el uno al otro, con la voz asordinada, interrumpidos por sus propias risas.

Dice mamá que una vez me llevó a verlos jugar.

En ese partido que cuento, Rafa jugó bien.

Osvaldo era habilidoso, Rafa se defendía. Le tiran una pelota al centro, dos hombres en la defensa, todo transcurre en el área del arco rival.

Rafa gana con el cuerpo a uno y compite en salto con otro. Nota que la pelota viene demasiado alta y se deja caer al suelo.

La pelota pasa por encima de la cabeza del defensor y llega el Rafa. Rafa, bien parado, de un frentazo, la clava en el ángulo.

Es uno de esos goles que grita todo el equipo.

El armador del equipo de Rafa, posiblemente el mejor jugador, un hombre canoso que sabe distribuir pelotas y juega parado, se acerca a Rafa, le palmea la nuca y le dice: "Bien, pibe".

Después de ese episodio, cuenta Osvaldo, Rafa ya casi no juega.

Está embelesado y confundido.

Feliz pero intimidado, mira con cierta desconfianza al hombre que lo ha aplaudido, y no está seguro de cuál debe ser su próximo paso.

Termina el partido y cada uno vuelve a su quinta.

Rafa, obnubilado, se pasa un poco de la nuestra.

Osvaldo lo llama.

A veces imagino un diálogo con Rafa. El está modelando un fuego extraño, con sus famosas hojitas, gira hacia mí y me dice:

–No hay fuego más alto que el que proviene de nuestro propio cuerpo en llamas.

Yo le contesto: –Estás equivocado.

Dejo pasar unos segundos y, aunque ya no lo veo, agrego:

–Somos como la madera, Rafa: no transmitimos el fuego, nos quemamos. Hay que saber eso para vivir. ■

UNA DE PIRATAS

¡Barcos piratas a la vista! Trate de encontrar un escondite seguro y descubra quién es el capitán de cada uno, en qué mar navegaba y cuánto oro robó.

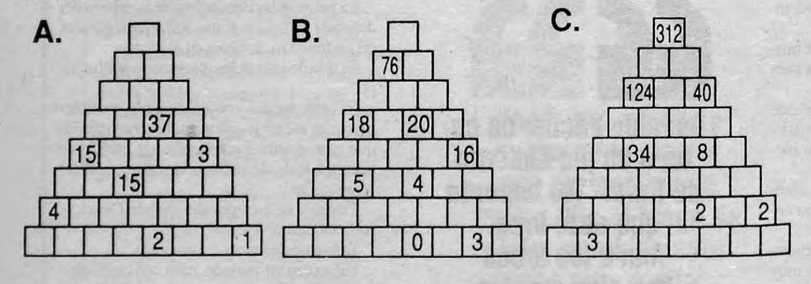
1. En el mar Rojo, el capitán Gurrez a bordo de su barco pirata (que no es el "Cuin Meri" ni el "Krakatoa") sumó en motines varios 210 kg de oro.
2. Nelson, el capitán del "Pegasus", robó 50 kg menos de oro que el capitán del "Abigail".
3. En el Caribe, Acab robó 130 kg de oro.
4. En el Mediterráneo, Falsafaz (que no es el capitán del "Krakatoa") recogió 180 kg.
5. Malapata robó 100 kg en el Bósforo.

		CAPITAN					MAR					KG				
		Acab	Currez	Falsafaz	Malapata	Nelson	Bósforo	Caribe	Mediterráneo	Muerto	Rojo	50	100	130	180	210
BARCO	"Abigail"															
	"Cuin Meri"															
	"Krakatoa"															
	"Pegasus"															
	"Tompir"															
KG	50															
	100															
	130															
	180															
	210															
MAR	Bósforo															
	Caribe															
	Mediterráneo															
	Muerto															
	Rojo															

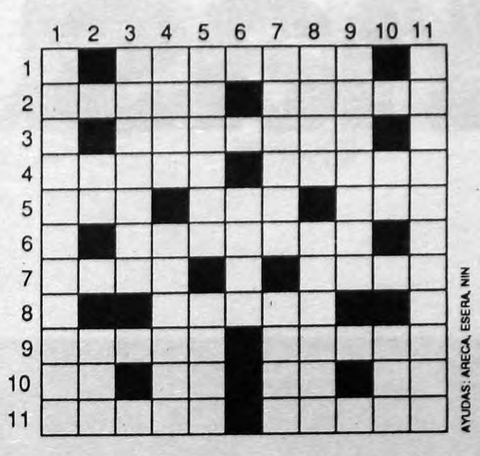
BARCO	CAPITAN	MAR	KG

PIRAMIDES NUMERICAS

Complete las pirámides colocando un número de una o más cifras en cada casilla, de modo tal que cada casilla contenga la suma de los dos números de las casillas inferiores. Como datos se dan, en cada caso, algunos números ya indicados.



ORTODOXO



HORIZONTALES

1. Asiento elevado desde donde el maestro da lección.
2. Sitio donde pasta el ganado./ Echan la red al agua.
3. Reclamación contra lo que es injusto.
4. Río de España, en la provincia de Huesca./ Mamífero rumiante con cuernos.
5. (Joaquín) Compositor y pianista cubano./ Conjunto de dos personas./ Región pobre de Níger.
6. Ornad, arreglad.
7. Retirarse./ Por poco.
8. Dibuje, delinee.
9. Pondrá al fuego un manjar./ Especie de palma de Filipinas.
10. Vigésimo segunda letra del alfabeto griego./ Argón./ Iniciales del poeta nicaragüense Cardenal./ Abreviatura de usted.
11. Cicuta menor, planta tóxica./ Mujer que está próxima a casarse.

VERTICALES

1. Proceso por el cual se adquiere un conocimiento nuevo.
2. Nota musical./ En inglés: sentarse.
3. Parte sumergida del casco de un barco (pl.).
4. (Clement) Ingeniero e inventor francés./ En la parte posterior.
5. Arreglo floral que llevan las novias en el pelo./ Exótica.
6. Embarcación usada para el transporte.
7. Legislador ateniense./ Se precipitan.
8. Empuja la embarcación con los remos./ Traigo hacia mí.
9. Participio pasado de adobar (fem.).
10. Medida japonesa de longitud./ Cuy, cobayo.
11. Cruenta.

CORRESPONDENCIAS

Señale las relaciones correctas sabiendo que si, por ejemplo, a la opción 1 corresponde la C, esta relación no se repite en el resto del juego.

Directores de cine

1. "Haz lo correcto" — A. Martin Scorsese
2. "Cabo de miedo" — B. Oliver Stone
3. "JFK" — C. Spike Lee
4. "Barton Fink" — D. Hermanos Coen

Sábado inglés

1. Sunday — A. Domingo
2. Monday — B. Viernes
3. Saturday — C. Lunes
4. Friday — D. Sábado

Líneas aéreas

1. Varig — A. Alemania
2. El-Al — B. Brasil
3. Lufthansa — C. Suiza
4. Swissair — D. Israel

Vehículos

1. Cabriolé — A. Motocicleta con acompañante
2. Chalupa — B. Embarcación
3. Tándem — C. Bicicleta de dos asientos
4. Sidecar — D. Carruaje



SOLUCIONES

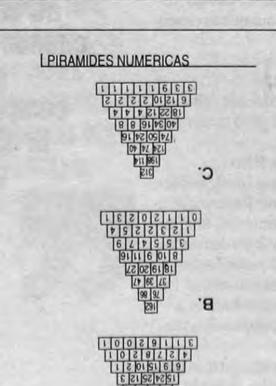
UNA DE PIRATAS

"Abigail", Malapata, Bósforo, 100.
"Cuin Meri", Falsafaz, Mediterráneo, 180.
"Krakatoa", Acab, Caribe, 130.
"Pegasus", Nelson, Muerto, 50.
"Tompir", Currez, Rojo, 210.

CORRESPONDENCIAS

Sábado inglés: 1-A, 2-C, 3-D, 4-B.
Directores de cine: 1-C, 2-A, 3-B, 4-C.
Líneas aéreas: 1-B, 2-D, 3-A, 4-C.
Vehículos: 1-D, 2-B, 3-C, 4-A.

PIRAMIDES NUMERICAS



ORTODOXO

